

SAINZ RODRIGUEZ CEDE SU BIBLIOTECA A UNA FUNDACION

Pedro Sainz Rodríguez ha abierto sus ficheros y biblioteca al público. Se hará cargo de ella una fundación. Pero, ¿quién es este hombre tranquilo que fuma en pipa y reparte humor, y qué interés tiene esta biblioteca instalada apretadamente en un bajo del Parque de las Avenidas, de Madrid? Pasa los dedos —las yemas— por las ringeras de libros. Arranca uno y lo lleva hasta la mesa. Lo abre de ese modo especial con que lo hacen los bibliómanos. La caja y los blancos de los márgenes son de una sorprendente armonía. Es un ejemplar de «La conjuración de Catilina» y «La guerra de Yugurta», de Sallustio, traducción del infante don Gabriel —o encargada por él—, el hijo predilecto de Carlos III. «Posiblemente, el libro más bello impreso en España». Ahora nos muestra el Quijote de Ibarra y un ejemplar raro: el «Dictionaire Historique et Critique», de Bayle. El autor publicó en esta edición, vulnerando la prohibición, varias páginas correspondientes al artículo sobre David. Llevan en la paginación un asterisco.

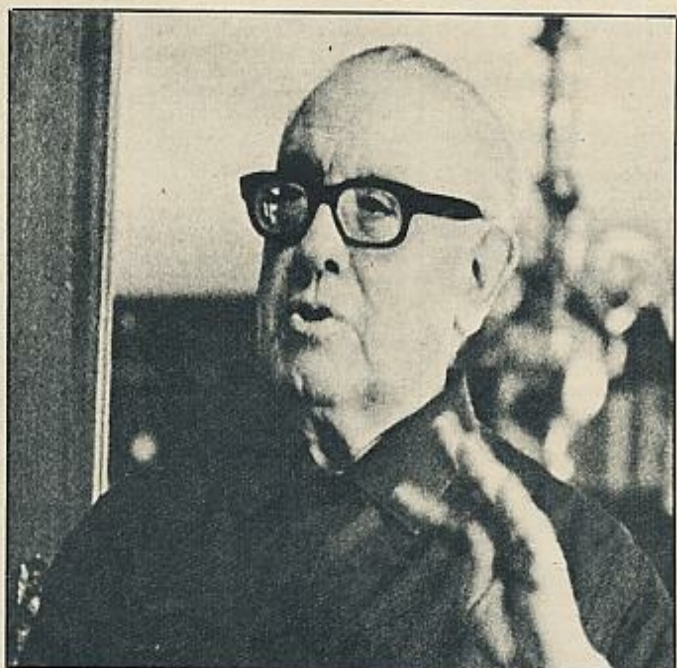
—Hay unos veinte mil volúmenes entre libros, folletos y revistas, y tiene un interés grande por ser monográfica. Puede proporcionar materiales sobre los tres temas a los que he dedicado mi vida: la historia de la interpretación de la personalidad histórica de España, la historia de la crítica literaria en España y la historia de la espiritualidad religiosa. Quiero que lo que he hecho durante toda mi vida de un modo informal —prestar libros, dar información, orientar en la investigación— quede ahora de una forma organizada. He sido un universitario suelto, y dondequiera que he ido he hecho cátedra no pedantesca, sino ayudando en tesis y libros. Al volver a España, mi deseo era que la biblioteca quedara adscrita a una academia o institución...

«Se ha fundado un patronato compuesto por antiguos amigos míos y presidido por Arturo Fierro, para darle continuidad. Uno de los primeros frutos de la biblioteca será un trabajo de Antonio Márquez, profesor en Norteamérica, que ha investigado la historia de los alumbrados en España.

Pedro Sainz Rodríguez es —no sé por qué orden de importancia— monárquico, «gourmet» e historiador de la mística. Quizá el lector conozca su «Ideas sobre la evolución de la decadencia española». En el censo del profesor Velarde es de los pocos componentes del ex con-

sejo privado de don Juan cuyo nombre no va acompañado por una larga serie de SA. Acaba de volver a España después de muchos años: salió en el cuarenta y dos alimentando simpatías hacia los aliados. Había sido ministro de Educación durante la guerra civil con el Gobierno de Franco y dimitió antes del primer cambio ministerial. Como ex ministro cobra sueldo, aunque no como ex catedrático de Literatura que, según dice, es lo que le apetecería. Sainz Rodríguez nunca ha jugado en más campos que en los de la derecha, aunque se ha asomado con comprensión a los heterodoxos, a Clarín (por los años veinte), a la Institución Libre de Enseñanza. Tiene la pretensión de ser, desde sus supuestos, un investigador objetivo y de poder entenderse respecto a la personalidad histórica de España con intelectuales de distinta ideología.

—Es urgente que nos pongamos de acuerdo sobre el pasado de España. Para ello hay que superar dos actitudes a mi entender equivocadas: la del que se vuelve al pasado con pretensiones de actualización y la del que se insolidariza de él al comprobar que no puede actualizarse. Unos quieren que el pasado se perpetúe en el presente y en el futuro y otros lo rechazan porque no les sirve para el presente. Y, sin embargo, no podemos vivir desarraigados de nuestra historia. Un desarraigo es, como decía Barrés, un barco a la deriva. El día que intelectuales de uno y otro lado nos pongamos de acuerdo sobre lo que ha sido nuestro pasado habremos dado un gran paso para dialogar sobre el presente. Yo investigo la historia de la espiritualidad española porque considero que en ella están las claves para comprender este pasado. Para mí hay un hecho importante: en el Renacimiento no hubo guerras de religión en España como en otros países europeos. Se hizo de la religión un ideal colecti-



Pedro Sainz Rodríguez.

vo. Pero estas guerras que no hubo entonces vendrían después. Serían las guerras carlistas y la civil del treinta y seis.

Sainz Rodríguez ha montado su piso —de soltero— en el mismo barrio. Nos abre el criado. La sucesión de estanterías y mesas, con montoncillos de libros aquí y allá, dan una mayor profundidad al salón. Junto a un ventanal escribe a máquina un secretario. De este mundo libresco apenas sale el investigador más que al salón donde sienta cátedra de ingenio peligroso (es de esos hombres a quienes se les exige siempre una frase brillante o mordaz) y al restaurante, donde es un experto conocedor (hubo quien pensó que se ocultaba tras Savarin, de «ABC»). De él se ha dicho que ha ido directamente a la mística sin pasar por la ascética. Sus compañeros esperaban que fuera la segunda edición de Menéndez Pelayo, como él, santanderino. Pero parece que nunca le urgió tanto escribir como comprar libros, leerlos incansablemente y sacar fichas. Ayudar a publicar más que publicar. Sin embargo, últimamente, quizá por esa necesidad de dar definitiva salida a un material tan gozosa y trabajosamente acumulado, quizá acuciado por un sentimiento de proximidad de la muerte («estoy en esa edad en que no es descabellado pensar en la muerte»), quiere ultimar numerosos trabajos.

—Pronto aparecerá mi «Antología de la espiritualidad española», en

la que manejo doscientos autores, un tercio de los cuales es desconocido. Desde Prisciliano a mediados del dieciocho. Lo editará Flors, de Barcelona, y forma parte de los veintidós tomos sobre espiritualidad. Tengo ya terminada la bibliografía de la bibliografía española: unas diez mil fichas. Hasta ahora lo más que se había conseguido dar eran tres mil. Taurus publicará en breve un trabajo mío, una evocación de Alfonso XIII. No será un libro de historia, sino de recuerdos personales y confidencias. En octubre leeré al fin mi discurso en la Academia Española: «Evolución de la crítica literaria en España». Dejo el de Historia para el próximo año.

La charla se cierra con literatura. —Yo hice la teoría de Clarín, que no ha sido modificada. Tuvo una etapa de krausista y terminó deista. Clarín temía a la muerte y todo aquel que teme a la muerte acaba en el espiritualismo. Yo pienso que el temor a la muerte hace nacer la idea religiosa. A mí me gusta más que «La regenta», «Su único hijo». «La regenta» es una novela tipo Zola, y quizá la única española que se ajustó exactamente a las normas, al método naturalista, para mí equivocado. No obstante, es una gran novela. Yo, que estuve en Oviedo de catedrático, pude comprobar hasta qué punto había sido fiel a la realidad. Todo el mundo punta nombres a los personajes todavía. «Su único hijo» es un libro más Flaubert. ■ C. A. R.